

EL EXILIO DESPUÉS DEL EXILIO

Exile after exile

Margarita DEL OLMO PINTADO

Departamento de Antropología, CSIC

✉ *mdelolmo@filol.csic.es*

BIBLID [1130-2887 (2003) 34, 35-47]

Fecha de recepción: marzo de 2003

Fecha de aceptación y versión final: abril de 2003

RESUMEN: El propósito del artículo es ofrecer al lector un análisis de los relatos que algunos exiliados argentinos en España elaboraron a finales de la década de los 80 del siglo XX para contarme la difícil tarea de reinventarse a sí mismos una vez que los proyectos de vida en los que habían creído y por los que habían vivido fueron aplastados, rotos y, a veces, desaparecidos sin dejar rastro en la sociedad argentina.

Palabras clave: exilio, Argentina, España, identidad cultural.

ABSTRACT: The main objective of this article is to offer to reader an analysis of the narratives of some Argentina exiles in Spain at the end of the 1980s. The narratives were developed in an endeavour to explain to the author the difficult task of reinventing oneself once the life projects that these exiles had believed in and lived for were squashed, broken and sometimes disappeared altogether from the Argentine society.

Key words: exile, Argentina, Spain, cultural identity.

I. INTRODUCCIÓN

Hasta hace muy pocos años, trabajar sobre el exilio argentino en España era una tarea fundamentalmente solitaria. A pesar de ello, entre 1986 y 1989 realicé un trabajo de campo entre las personas que habían vivido el exilio en España y tuve la oportunidad de entrevistar tanto a los que habían pospuesto el regreso a la Argentina democrática por razones diversas y en muchos casos definitivamente, como a los que habían vuelto a Argentina comprometidos con la tarea de la reconstrucción del país,

algunos de los cuales también contemplaban la posibilidad de regresar a España para radicarse, temporal o permanentemente, de forma voluntaria, para vivir por decisión una alternativa que les había impuesto el destino.

Actualmente, sin embargo, el tema del exilio está comenzando a despertar interés en Argentina y en España, aunque por motivos diferentes. En España se trata de conectar la llegada reciente de un número significativo de argentinos (de hecho se trata del grupo que más ha crecido en los últimos años en términos relativos) con la memoria tenue que dejó el exilio durante la ebullición de la transición democrática. En Argentina, la distancia simbólica y temporal que ha introducido el cambio de siglo y la profunda incertidumbre que está provocando el presente, permite, entre otras alternativas, la propuesta de evocar la memoria dolorosa del pasado reciente para encontrar sentido a los problemas de la vida cotidiana. En este marco de intereses se inscribe el presente artículo, cuyo propósito consiste en ofrecer al lector una parte de los relatos que algunos exiliados elaboraron para hablarme de la difícil tarea de reinventarse a sí mismos una vez que los proyectos de vida en los que habían creído y por los que habían vivido, fueron aplastados, rotos y, a veces, desaparecidos para siempre sin dejar rastro.

II. EL EXILIO COMO PÉRDIDA DE LA IDENTIDAD

La mayoría de los exiliados con los que trabajé me contaron el exilio en clave de pérdida. Yo interpreté aquellos relatos de pérdidas como síntomas de una crisis de identidad.

...sentía que me faltaban cosas, o que estaba como muy sola a lo mejor, a pesar de que estaba rodeada de gente ¿no?, a lo mejor que me faltaba afecto¹.

Nuestra generación somos la generación perdedora de todo este proceso: perdimos por desarraigo, perdimos por problema cultural, perdimos la realidad por decir así, eh, perdimos el nexo histórico con nuestra propia corriente, porque nos hayamos equivocado o no, pero lo concreto es que lo perdimos [...] Tampoco hay un contacto entre los que vivistes fuera [en España] y los que vivistes dentro [en Argentina]².

Yo en ese momento pensaba que estar fuera de Argentina era perder, de hecho perdimos parte de la realidad³.

La experiencia de todos ha sido de que todo el mundo ha perdido algo aquí [en España] [...] Todo el mundo ha perdido algo ¿no?, los efectos de pérdida eh..., son..., te digo, si uno hiciese un estudio sobre eso [...], sobre las distintas cosas que la gente perdió, es muy interesante porque uno pudiera quizás, este..., se pueda pensar de que no hay manera de poder iniciar una nueva vida, una nueva historia sin que haya como eh..., una especie de ritual sacrificial por el cual todo el mundo tiene que pasar. Eh..., las pérdidas han

1. Entrevista realizada el 17 de febrero de 1987.
2. Entrevista realizada el 10 de junio de 1987.
3. Entrevista realizada el 29 de julio de 1987.

sido desde..., te digo, las cosas que le ha pasado aquí a la gente, y ya descuento las dificultades que puedan haber tenido de, por ejemplo para encontrar trabajo, para digamos, de subsistencia económica [...], pero descontando eso [...] la gente ha pasado por experiencias verdaderamente terribles. Por ejemplo, una de las cosas [...] es que prácticamente el noventa por ciento de los matrimonios o parejas argentinas que aquí vinieron, al poquito tiempo se hicieron pedazos. Desde luego no eran parejas que vinieron en un estado de armonía maravillosa y que por no se sabe qué extraño misterio se rompieron, por supuesto que todas venían arrastrando problemas pero, de todas maneras, lo que sí está claro es que quizás un gran número de esas parejas, si se hubieran quedado en Argentina, hubieran continuado o por lo menos hubieran roto, pero muchísimos años después. Aquí es como que el proceso de la inmigración aceleró de un modo brutal las fracturas [...] Eh..., la cantidad de enfermedades que se desencadenaron aquí, procesos de enfermedades terroríficos, [...] ha sido impresionante. O sea la cantidad de personas, por ejemplo, que han hecho cánceres de todo tipo, ¡pero así de la noche a la mañana!, es..., el número es altísimo. Es decir, algo que efectivamente no puede explicarse por cuestiones exclusivamente de índoles biológicas [...], que por otra parte han remitido, o sea que la mayoría de ellos han sido cánceres curables. Eh..., te va a parecer una tontería, digamos, pero por ejemplo yo perdí el pelo, a muchísima gente le ha pasado [...] Las cosas que le han pasado, te decía, desde cánceres, enfermedades extrañísimas, depresiones espantosas, gente que por otra parte, bueno, el hecho de encontrarse en una sociedad que permitía una serie de experiencias que en Argentina no, o no se conocían o eran un poco tabú, del estilo..., a nivel del, de, de comportamiento sexual, ha determinado que muchísima gente se saliera fuera del marco y se metiera en experiencias de las cuales después bueno, ha salido destrozado él, su pareja, sus relaciones afectivas, sus amistades, etc., ¿no? La gente se enloqueció muchísimo aquí. En estos últimos años [se refiere a la década de los 80 del siglo xx] las cosas están empezando a cambiar, porque a medida que la gente empezó poco a poco a encontrar un lugar, una suficiencia económica, un trabajo, bueno las cosas se fueron como ordenando a nivel psíquico, se fueron asentando. Por lo tanto también fueron desapareciendo las cosas por las cuales los argentinos se generaron esa especie de fama: la gente ya no roba en los supermercados, ni deja cuentas de teléfono de un millón de pesetas en los alquileres de los pisos, ni se lleva los muebles, ni..., todo tipo de picaresca argentina que es muy propio de los argentinos, por una parte, y que también responde al hecho de que la gente llegó aquí, algunos llegaron en estado verdaderamente desesperante [...] Eso efectivamente está empezando, empezando a desaparecer. De todas maneras la, la categoría, la categoría nuestra es una categoría difícil de, difícil de medir porque nosotros ya no somos más argentinos en realidad, porque mucha gente le sucede que los que han tenido la oportunidad de volver durante estos años, de hacer visitas con cierta frecuencia, la sensación de que ya allí no tenemos ya posibilidad..., no es que no pudiéramos, podríamos volver, tendríamos trabajo, etc., pero la sensación es que ya hemos perdido los mecanismos de adaptación a la sociedad argentina, quizás esto no sea cierto, pero es la impresión que muchos tenemos ¿no?, de que ya sería difícil volver⁴.

4. Entrevista realizada el 24 de febrero de 1988.

Aunque no todos los comentarios son tan explícitos como el anterior, otras personas coinciden a la hora de valorar las pérdidas que han sufrido:

Yo considero que hubo todo un periodo de bastantes años de estar, digamos, con una apariencia de estar bien, pero no estándolo: con una ruptura y con una pérdida. Uno puede crearse nuevas cosas, pero ha perdido otras, que las ha perdido irremisiblemente. [...] Todos los argentinos que yo conozco que están acá [en España] le han pasado algo serio desde que está acá [...], todos todos, [...], desde enfermedades graves, hasta gente que se ha enloquecido en el sentido vulgar de la palabra, gente que, bueno, que por un lado a alguno le salió la, la historia⁵.

Quizás una de las descripciones más dramáticas sea la siguiente, hecha por un conocido escritor:

Perdí totalmente la capacidad expresiva: durante cinco años no pude escribir nada [...] No escribía nada, intentaba pero no po..., no me salía nada, no podía poner los dedos sobre las teclas, además todo me parecía falso. Ése, ése era un problema serio del exilio creo, ¿no?, [...] No es que sea importante escribir, escribir es lo único que me hace feliz; es decir, no es lo único que me hace feliz, es lo que hace que me sienta, que me sienta que estoy. Es una manera de poder estar en el mundo⁶.

Otros ejemplos:

El problema del exilado es ése: te sentís un repugnante mendigo⁷.

Yo creo que había una característica común [a los exiliados argentinos] que era, que yo veo que todavía existe para mucha gente, que no saben dónde están. La única disculpa posible es que tampoco sabemos de dónde venimos. [...] El problema que yo creo que ha dificultado la integración [en la sociedad española], la integración en el sentido que uno esté donde esté, no donde le gustaría. Te digo, tienen la disculpa, si puede servir de disculpa, que en Argentina les sucedía lo mismo: no estaban donde estaban, donde les gustaría, donde les hubiera gustado [...] El que la gente no sepa como son aquí [los españoles] después de tanto tiempo yo creo que se explica por la necesidad de provisionalidad [...]: el colchón en el suelo, y la mesa del tablero aglomerado con [...] borriquetas, son símbolos del mobiliario que expresan esa crisis, esa crisis de identidad permanente⁸.

Cuando se rompe esto [todas las relaciones tejidas a lo largo de la vida en el país que ha vivido], la sensación de orfandad que uno tiene, y de [falta] de calor humano, por más que hables con la gente, es tremendo porque has, has perdido todas tus líneas de comunicación habitual, has perdido el lenguaje, porque a pesar de llegar aquí [a España] y

5. Entrevista realizada el 17 de mayo de 1988.

6. Entrevista realizada el 11 de mayo de 1988.

7. Entrevista realizada el 12 de febrero de 1988.

8. Entrevista realizada el 25 de febrero de 1988.

hablarse la misma lengua, hay, hay modalidades que ni nosotros entendíamos, ni nos entendían a nosotros⁹.

Permanentemente tú tienes que contar en España la historia, tu historia [...], para crear un vínculo con otra persona tienes que, en principio, contar parte de tu historia y que la otra persona te cuente parte de la suya [...] Ésa era una de las situaciones más claras que se podían percibir estando con un español [a diferencia de estar] con un argentino. Tú hablabas con un argentino e inmediatamente esa historia era compartida, era común, y ya por lo tanto había, había un código, digamos, eh..., había un código de, de, de comunicación, se establece inmediatamente¹⁰.

Todos estos relatos de pérdidas, que son sólo un ejemplo significativo de otros relatos semejantes que entonces recogí, reflejaban en mi opinión, como he dicho, un proceso personal de crisis de identidad que entiendo como la imposibilidad de dotar de un sentido coherente a las acciones que las personas realizan en sus vidas cotidianas en función de los distintos papeles sociales que desempeñan. Si entendemos la identidad cultural como yo he propuesto en varias publicaciones (Del Olmo, 1991; Del Olmo, 1994: 157, 579, 79-97), es decir, como un proceso en continua reelaboración que permite al individuo colocarse socialmente en una posición determinada, con respecto al entorno que le rodea, para ser capaz de predecir el comportamiento de los demás y el que los demás esperan de uno mismo, se trata, en definitiva, de un modelo de referencia para orientar el comportamiento social, entonces una crisis de identidad sería la incapacidad para llevar a cabo este proceso. Es decir, en cierto modo, supone una desorientación, una descolocación que distorsiona las percepciones que tenemos del comportamiento de los demás hasta el punto que éste se convierte en arbitrario, al menos en parte, en impredecible, y por lo tanto atribuyen intencionalidades erróneas a los comportamientos de los demás. Lo que le ocurre a un individuo que sufre una crisis de identidad es que no es capaz de relacionar las acciones y las respuestas porque no comparte los mismos códigos y, por lo tanto, malinterpreta. Si este proceso se realizara de forma consciente bastaría con que la persona fuera capaz de aprender los códigos de comportamiento que funcionan en la nueva sociedad en la que vive; pero el problema es que se trata de un proceso inconsciente y a través del que se presupone que los propios códigos son los únicos posibles o, al menos, aceptables. Esto es así porque cada persona se socializa en un determinado lugar y adquiere unas normas concretas, relativamente distintas de las que existen en otros lugares, pero cuando las internaliza lo hace como si se tratara de la única posibilidad, como si no existieran otras normas viables o adecuadas.

Este tipo de crisis es algo que acompaña cualquier proceso migratorio, ya que se produce por el simple hecho de haber aprendido unas normas y tener que funcionar con otras ligeramente distintas de las que ni se conoce ni se acepta esa diferencia. Pero en el caso del exilio argentino este proceso se agudizó por otra serie de razones.

9. Entrevista realizada el 9 de abril de 1988.

10. Entrevista realizada el 3 de marzo de 1988.

En primer lugar porque la identidad de estos exiliados hizo crisis en la propia Argentina, que era la sociedad que le había expulsado: sus actuaciones y sus proyectos, por diversos motivos, estaban poniendo en peligro su libertad física e incluso su propia integridad. Sus objetivos de vida fueron deslegitimados desde el poder político. Para recuperar la legitimidad gobierno o exiliado tenían que cambiar.

Al mismo tiempo entró en juego un segundo factor: la imposibilidad de seguir viviendo en la sociedad que les había expulsado les estaba impidiendo actuar en ella para re-legitimarse, o para deslegitimar lo que les había deslegitimado a ellos. En el exilio la capacidad de actuar sobre la propia sociedad no es imposible, pero sí está dificultada por la distancia y por el corte traumático de relaciones que introduce el exilio.

En tercer lugar los exiliados argentinos tuvieron la necesidad acuciante, al igual que tiene cualquier inmigrante, de construir una vida en el lugar donde residían, pero a diferencia de éste, los exiliados argentinos no eligieron salir de su lugar de destino y procuraron, de manera consciente e inconsciente, implicarse lo mínimo en su entorno, viviendo siempre por referencia a Argentina. Sus actuaciones no sólo tenían un sentido distorsionado en la sociedad de acogida, es que además no estaban buscando legitimidad en la sociedad de acogida, sino en aquella de la que fueron expulsados.

Por todas estas razones es lógico que hayan vivido el exilio de manera provisional, aunque a la larga no lo haya sido. El sentimiento de provisionalidad les permitió seguir viviendo por referencia al lugar del que salieron, creer que el poder por el que fueron privados de sentido y de razón fue injusto y por lo tanto no podía durar. Acentuar la provisionalidad significó renunciar a aceptar la legitimidad de salida forzosa del país y, además, crear la sensación de que el exilio en cualquier momento se iba a acabar.

La crisis de identidad, en este caso, no fue desencadenada por la llegada a una sociedad distinta de aquella en la que habían crecido y donde habían sido educados, como ocurre en el caso de la inmigración argentina a España actual, sino que se produjo antes, en el propio país y por las mismas circunstancias que provocaron el mismo hecho del exilio. Las diferencias de comportamiento que los exiliados pudieron observar en su nuevo entorno resultaron poco significativas comparadas con la magnitud de las consecuencias que esas mismas diferencias habían tenido en su propio país con respecto a las normas y valores defendidos desde la cúpula de poder del Estado. Por este motivo, adaptarse a la sociedad de acogida, es decir, aprender a distinguir las diferencias en las normas y valores que explican el comportamiento de los demás, tuvo poco valor para ellos. España carecía de sentido para ensayar sus proyectos de vida, suponía un paso accidental, un paréntesis simbólico que estaba retrasando sus objetivos y sus intenciones.

Ninguno de los relatos que los exiliados construyeron para mí ha expresado esta idea de manera tan magistralmente gráfica como el siguiente:

Para mí Madrid era..., no era una ciudad de piedra ni de material, era, era un escenario, una maqueta [...], era una ciudad de utillería, de cartón pintado. Y cuando empezaba a llover, yo decía: ahora se viene todo abajo porque se moja el cartón [...] Yo no

podía ubicar, posar a Madrid como una ciudad real, para mí era una ciudad del exilio, de utillería, momentánea¹¹.

III. EL EXILIO COMO LUGAR DE RECONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD

El día 10 de diciembre de 1983, coincidiendo con la investidura de Raúl Alfonsín como presidente democrático de Argentina, la revista *Resumen* (una publicación de los exiliados argentinos en España que tuvo una difusión y una estabilidad sin precedentes) publicó el número 100 (el último) con la consigna: «Nos volveremos a ver en la Argentina». El gobierno español instituyó un programa, que gestionó ACNUR, para facilitar la vuelta de aquellas personas que cumplieran ciertas condiciones legales. Se auguraba un regreso masivo y, sin embargo, el retorno, se convirtió en un pequeño goteo, muchas veces de ida y vuelta. La mayoría de los exiliados, para la sorpresa de muchos, tanto en España como en Argentina, decidió posponer entonces su vuelta.

Si el exilio hubiera sido únicamente un paréntesis en la vida de los exiliados, si Madrid hubiera sido percibida únicamente como una ciudad de cartón-piedra por ellos, la instalación definitiva de la mayoría en España, a pesar de que lo que muchos hicieron al principio fue simplemente posponer el regreso, no tendría ninguna explicación. Sin embargo, el exilio, además de un sitio desde el que apreciar pérdidas, también constituyó un lugar en el que los exiliados sobrellevaron una parte significativa de sus vidas, y la necesidad de sobrevivir fue creando, paulatinamente, algo parecido a un proyecto de vida duradero, distinto de aquel que quedó desbaratado en el país antes de salir de él. A lo largo de ese proceso, las personas establecieron relaciones con sus semejantes, aprendieron a conocer sus diferencias mutuas y comenzaron a fijarse en lo mucho que compartían, en las posibilidades de vida que también les ofrecía España.

El balance entre el retorno y la radicación definitiva resultó ser un equilibrio difícil, y por este motivo la mayoría de los exiliados que yo conocí decidieron aplazar el regreso en vez de elegir radicalmente entre volver o quedarse. Algunos retornaron con decisión, muy pocos se quedaron con la misma voluntad. El resto cambió la imposibilidad de volver a Argentina durante el exilio por la imposibilidad de marcharse de España cuando el exilio terminó. Todos ellos, allí o aquí (allá o acá) consiguieron, limitados por las circunstancias particulares de cada caso, reconstruir una nueva identidad a fuerza de recomponer los fragmentos que quedaban de la anterior e incorporando elementos totalmente diferentes. La variedad de respuestas a este proceso fue muy grande, pero yo traté de seleccionar tres ideas representativas, diferentes pero muchas veces entrelazadas.

La primera de ellas consistía en adoptar *el desarraigo como una forma de identidad*, y partía precisamente de la toma de conciencia de las pérdidas. Las sensaciones de soledad y todos aquellos sentimientos que, en definitiva, impedían manejar el entorno de la misma forma que se habían acostumbrado a hacerlo en Argentina, y que

11. Entrevista realizada el 11 de mayo de 1988.

introducían, como consecuencia, un cierto nivel de incomunicación entre la persona y su medio, cuando se hicieron conscientes, permitieron a los exiliados iniciar un proceso de sustitución y restauración de las funciones que cumplía la identidad perdida, realizando un aprendizaje de códigos de conducta semejante al de su crecimiento. La única diferencia es que en este caso se produce «a destiempo», es decir, en una etapa en la que se supone que ya un individuo debería manejar con experiencia su competencia comunicativa. A pesar de los inconvenientes, este proceso cuenta con la ventaja de transformar el propio desarraigo, la crisis, en una forma de identidad. Un ejemplo significativo al respecto sería el siguiente:

Yo he llegado a la conclusión de que cuando un exilio se produce es irre..., irreversible. No hay solución, ¿no? Yo al principio eso no lo sabía. Ahora lo sé: no hay regreso [...] Entonces, ¿qué pasa?, al no haber regreso, al no haber desexilio como decía Mario Benedetti, eh..., hay que asumir, hay que asumir algo, *hay que asumir algo*. Efectivamente, que uno, uno perdió, perdió mucho de su identidad [...] Yo al, al darme cuenta, ahora, después de doce años, que no hay desexilio y que no hay recuperación de nada eh..., necesito aferrarme a algo, entonces yo me he..., me he hecho una propia teoría de que *asumir la falta de una identidad puede aproximarse a una especie de identidad*¹².

Este planteamiento consigue restaurar la capacidad de predicción sobre el comportamiento del entorno en la medida en que el individuo asuma esta postura cada vez que intente entender su alrededor, y evitando aplicar los códigos que adquirió en Argentina, como hasta entonces estaba acostumbrado a hacer, manteniéndose a la expectativa, sin entender ni predecir, pero aprendiendo una nueva manera de percibir y de explicar lo que le rodea. La capacidad de predicción se ha reducido considerablemente, pero en alguna medida es posible anticipar la propia incapacidad para hacerlo. De esta manera es posible empezar a darse cuenta de cuál es la posición social relativa que uno ocupa con respecto al entorno que le rodea. Se trata, en definitiva, de reconstruir la propia identidad en un medio distinto, asumiendo, precisamente, la falta de identidad en ese entorno.

La segunda idea que interviene en el proceso de reconstrucción consiste en *asumir la emigración como una forma de identidad*, tomando conciencia de cuáles fueron los factores que desencadenaron el proceso de crisis de identidad en la propia Argentina. A este respecto, creo que la mayoría de lo que fue la colonia de exiliados argentinos en España experimentó una transformación importante a lo largo del tiempo. En principio la crisis se atribuyó a factores exclusivamente coyunturales, cuya incidencia en Argentina parecía siempre a punto de concluir (por eso la actitud que adoptaron muchas personas fue la de considerar que su estancia en España tenía un carácter provisional); sin embargo, a medida que el tiempo transcurría y también de acuerdo a la posibilidad de profundizar el análisis de las causas que motivaron la salida, fue posible analizar el alcance del fenómeno identificando algunos factores de carácter estructural en los

12. Entrevista realizada el 11 de mayo de 1988.

fenómenos que al principio explicaban exclusivamente sobre la base de situaciones coyunturales. Una vez eliminado, al menos en parte, el sentimiento de provisionalidad que impedía una toma de conciencia profunda acerca de las causas desencadenantes de la crisis, y por lo tanto de su alcance, el desarrollo de un proceso de reconstrucción de la identidad cultural puede comenzar a paliar la incapacidad para predecir determinados comportamientos del entorno en la nueva sociedad. En este momento es cuando un individuo puede aceptar conscientemente la posibilidad de que existan explicaciones alternativas, incluso contradictorias, y que algunas de ellas han tenido más éxito que la propia. Un exiliado me lo expresó de esta manera:

Hay más de una verdad en cualquier cosa que uno analice¹³.

Desde esta perspectiva el individuo que se enfrenta a un fenómeno cuenta con la posibilidad de que su propia explicación resulta insuficiente para analizarlo con éxito, y no se verá continuamente abocado al fracaso, cada vez que una explicación falla para entender el entorno.

La última idea que quería tratar aquí en relación con el proceso de reconstrucción es la de *la necesidad de legitimar la propia conducta como una forma de identidad*. Cuando una persona niega la posibilidad de que existan diferencias en los códigos de comportamiento, como les ocurrió al principio a muchos exiliados argentinos, y atribuye a otro tipo de factores el desencadenamiento de hechos o actitudes que considera el origen de sus problemas, está juzgando el comportamiento de las personas que le rodean empleando referencias aprendidas en su lugar de origen que resultan ser, en parte, inadecuadas en el nuevo grupo social en el que se ha radicado. Por ello no recibe de su entorno las respuestas que espera, y sin embargo no atribuye el error al hecho de que exista alguna explicación que él desconoce, de manera que se ve obligado a juzgar las reacciones que no puede predecir como si se trataran siempre de transgresiones a su propio código de valores.

Adoptando esta postura se consigue legitimar el propio comportamiento anterior al hecho del exilio pero, al mismo tiempo, censurará necesariamente todas las variaciones observadas con respecto a él. Este hecho no sólo impide la manifestación de una crisis de identidad, sino que consigue el efecto contrario reforzando la identidad de origen, pero el individuo se niega a sí mismo la alternativa de aprender nuevos códigos de conducta. Se ahorra así un esfuerzo considerable a costa de que disminuya su nivel de comunicación con el entorno que le rodea. Los efectos que desencadena este tipo de comportamientos son muy diferentes a los procesos que he tratado anteriormente: se confirma la identidad originaria a la que no se ve necesidad de sustituir por medio de una reconstrucción, se refuerza el comportamiento anterior al exilio, pero se inicia una progresiva incomunicación con el nuevo entorno social y, a causa del desplazamiento que implica el exilio, también con respecto al grupo de origen.

13. Entrevista realizada el 14 de diciembre de 1987.

La posibilidad de desarrollar esta alternativa en vez de las otras dependerá de la capacidad del individuo para aislarse relativamente con respecto a su contexto; es decir, sólo será viable cuando la propia supervivencia cotidiana no requiera una rápida asimilación en la nueva sociedad. Pero además es necesario tener en cuenta el nivel de coherencia que alcanzó la construcción de la identidad en el lugar de origen. Por otro lado, la búsqueda de legitimación del mismo comportamiento que enfrentó al individuo al exilio, expresa un cierto nivel de tolerancia a la marginalidad necesaria que implica una progresiva alienación del grupo social. Es lógico, por lo tanto, que la mayoría de las personas que adoptan esta postura hayan decidido volver a Argentina en vez de radicarse definitivamente en España, siempre y cuando las circunstancias se lo hayan permitido.

Yo simplemente quiero decir que en España se vive mejor que acá [en Argentina], es un dato incontestable, se vive tres veces mejor que acá. Y sobre todo los trabajadores, porque los ricos y la gente que tiene buena posición, vive bien en todos los lugares del mundo, y acá también [...] Entonces yo allá [en España] vivía mejor que acá, materialmente, tenía dos autos de mierda, pero dos autos [...], bueno acá no tengo ningún auto, ni está claro que me lo pueda comprar [...] Pero ¿qué pasa? Yo era un marginado socialmente hablando. Nosotros vivíamos en gueto. Yo no me integré a la sociedad española. Tal vez no quería integrarme, tal vez porque también era difícil [...] Yo no tenía una gran situación en España. Yo podía disfrutar, materialmente, por ahí de ciertas comodidades, mayores que las que puedo tener acá. Pero yo..., pero la gente en la vida necesita un reconocimiento social, y yo en España era un marginal. Yo me sentía eh..., paría, pero desde el punto de vista laboral yo era una persona marginal, ¿verdad?, que con el paso del tiempo fue consolidando un poco su situación¹⁴.

IV. EL EXILIO AL FINAL DEL EXILIO

Aunque el exilio no acabó radicalmente para las personas que decidieron posponer su regreso a Argentina, cualquiera de las posturas que permitió a los exiliados una reconstrucción de la identidad les abrió la posibilidad de alargar el plazo de la vuelta, hasta que el regreso dejó de ser una condición necesaria para el proyecto de vida presente. De esta forma se radicaron paulatina pero definitivamente en España.

La decisión de volver a Argentina al final del exilio fue mucho más radical, más definitiva y, sin embargo, enfrentó a los que retornaron a un nuevo exilio.

Cuando volví acá me encontré otra Argentina. Sabía que me iba a encontrar otra Argentina, pero me encontré otra gente y eso fue lo que me mató¹⁵.

14. Entrevista realizada el 7 de octubre de 1988.

15. Entrevista realizada el 26 de octubre de 1988.

León y Rebeca Grinberg (1984) lo han expresado magistralmente en una frase: «Del exilio nunca se vuelve, siempre se va».

Otro testimonio significativo al respecto es el siguiente:

Entonces yo era..., mi trabajo era un trabajo marginal. Entonces uno no solamente vive de, porque tiene un auto, o porque..., sino que además necesita cierto reconocimiento social. Entonces yo vine a buscar eso también. Y cuando llegué no lo encontré. Es decir encontré a mis amigos, a los pocos que habían quedado, pero sí encontré [...], me fui a vivir al mismo barrio, mandé a mis hijos a la misma escuela donde yo fui cuando era chico [...] Entonces yo acá también vine a buscar mis raíces [...] y vine a buscar también un reconocimiento social [...] Entonces cuando llegamos acá, entre lo que habías idealizado y lo que efectivamente cambió, ¿verdad? Por producto, fundamentalmente, de la represión y de los cambios en la economía que hubo en la Argentina, ¿no?, es decir, cambios muy negativos. Este, entonces te encuentras con una realidad muy, muy distinta, y que de alguna manera te rechaza, ¿no?¹⁶.

En muchos casos el retorno supuso un exilio del exilio. Los exiliados se enfrentaron en Argentina con la imposibilidad de hablar del exilio. Al principio se inició un debate doloroso de culpas entre los que se fueron y los que se quedaron:

Yo creo que ha habido una falsa disyuntiva: exilio y no exilio, o exilio externo e interno. Y esto es falso como, como, como medida. Acá [en Argentina] yo veo que la cosa pasa más bien por aquellos que resistieron y aquellos que no resistieron, tanto dentro como afuera. Cuando digo resistieron, ¿qué quiero decir? Soy muy magnánimo en eso: aquel que, no sé, envió un pequeño texto a un anónimo, a alguna parte, denunciando violaciones de derechos humanos. Aquel que en algún momento dijo: Yo sé lo que pasa. Aquel que puso una obra de teatro en algún lado, donde se lo permitían, y habló de ciertas cosas. Y esto hubo mucha gente de los que se quedaron en la Argentina que fueron ejemplares. Ejemplares. Realmente la gente que era muy linda fue maravillosa, y la gente que era un poco canallita se volvió absolutamente canalla. Y creo que ese corte pasa más bien por ahí¹⁷.

Yo misma levanté una agria polémica en agosto del año 1988, en un congreso sobre historia de la ciudad de Buenos Aires que se celebró ante una audiencia muy numerosa en el teatro San Martín. En aquella ocasión compartí el turno de palabra con otras personas que hablaban de inmigrantes y mi intervención sobre la colonia de exiliados en Madrid pareció no despertar el más mínimo interés. Al cabo de una serie de preguntas a mis compañeros una persona del público hizo notar la falta de atención que se estaba prestando a mi tema. A continuación se declaró una batalla campal entre el público que concluyó con la acusación de una persona que afirmaba que no tenía

16. Entrevista realizada el 7 de octubre de 1988.

17. Entrevista realizada el 6 de octubre de 1988.

ningún interés en los exiliados, porque para ella el único exiliado honrado era el que se había dejado matar en Argentina, como hizo su hermano.

Este tipo de polémicas levantaron ampollas entre unos y otros, y esas ampollas sólo logró tapparlas el silencio. En el transcurso de mi estancia en Argentina, el exilio terminó por convertirse en un tema tabú del que no hablaba nadie. En el transcurso de una entrevista un exiliado me habló así de su regreso:

Los espacios estaban ocupados, los amigos te quieren pero el contexto miraba con cierta antipatía a los..., a los exiliados. Esto fue una cosa que siguió viniendo después porque el discurso del poder fue muy convincente acerca de que nosotros éramos lo peor de lo peor. Entonces gente amiga que sabía que uno no era guerrillero ni nada por el estilo, trataba de eh..., de justificar el hecho de haberse quedado, pero más que el hecho de haberse quedado, el hecho de haber colaborado. Como en todas las dictaduras hubo muchos colaboracionistas, y..., quien más quien menos había colaborado, más allá de los ejemplos de ultra-dignidad que ha habido en el país. Por supuesto no te voy a decir que toda la gente que estuvo en Argentina era fascista, pero hubo mucha gente que colaboró. Y era de donde partían esas, esos ataques, esos resquemores contra el..., los exiliados que volvieron. El discurso de ellos era: Es que, bueno, ustedes la pasaron afuera, la pasaron fantástico, estuvieron haciendo turismo, la pasaron bárbara, y nosotros aquí, peleando, este..., resistiendo... Y cuando vos rascabas un poquito ¡no era que habían resistido tanto! [...] Te cuento una, una anécdota absolutamente personal. Una reunión donde se había bebido suficiente, no estábamos borrachos pero se había bebido suficiente. Había dos amigas. Una de ellas... ¡Pero amigas, amigas!, ¿eh? Una de ellas dice: Bueno vos nos abandonaste. Sabiendo que no me podía quedar porque me mataban. Y la otra me dice: Para mí el único exiliado respetable es el Padre fulano. Un cura. Y yo: No lo conozco, no sé quién es. Dice: Sí, él estaba en una villa miseria¹⁸, vinieron y le dijeron que se fuera, y él dijo: Sí, pero me llevo a toda la villa. Y al día siguiente vinieron y lo mataron. Ése es un exiliado res..., respetable. ¡Me estaba diciendo que ella lo que quería es que me hubieran matado! [...] Bueno, ese tipo de discusiones..., yo trato de no tenerlas. Muchos amigos anteriores a mi viaje han dejado de verme. Otros no. Pero algunos, los más conservadores, aquellos que yo mantenía por lazos adolescentes o de la infancia, ésos ya no me ven. Yo soy ese señor que se fue. Y por algo será¹⁹.

Quizás hoy, catorce años después de estas palabras, empiece a ser posible hablar del exilio a los exiliados, a los que no lo fueron, a los que retornaron a Argentina, a los que se afincaron en el extranjero y a los que, vivan donde vivan, no han conseguido decidirse, no están satisfechos con su decisión o simplemente fantasean algunas veces con la idea de haber hecho lo contrario de lo que hicieron. Ideas como este número monográfico dedicado al exilio y otros proyectos parecidos pueden ser, simplemente, una manera de empezar.

18. Chabola.

19. Entrevista realizada el 23 de septiembre de 1988.

V. BIBLIOGRAFÍA

- DEL OLMO, Margarita. *La construcción cultural de la identidad: emigrantes argentinos en España*. Madrid: Universidad Complutense, 1990.
- *Una teoría para el análisis de la identidad cultural*. Madrid: CSIC, Editorial Arbor, 1994.
- GRINBERG, L. y GRINBERG, R. *Psicoanálisis de la migración y del exilio*. Madrid: Alianza, 1984.